

Breve memoria de Gaspar Cassadó

El 30 de septiembre de este año de 1997 se cumplió el primer centenario de uno de los intérpretes más internacionalmente reconocidos y uno de los músicos de formación más completa que haya dado nuestro país: Gaspar Cassadó Moreu (Barcelona, 30 de septiembre de 1897 - Madrid, 24 de diciembre de 1966). Fue, en primer término, violonchelista de técnica amplia, de medios mecánicos más que sobrados y, sobre todo, de sonido de alto poder expresivo por sí mismo. «Catalán y de familia de músicos –nos dice Federico Sopeña en la entrañable estampa que, escrita no mucho después del fallecimiento del maestro ahora recordado, incluye en el libro *Memorias de músicos* que dedicó a Enrique Franco–, heredó de Casals el sonido largo, flexible, hondo, cantable al máximo». Pero Cassadó no limitó su quehacer, ni mucho menos, a recorrer el mundo –siempre, pero sin descanso, prácticamente, entre las dos guerras europeas– impartiendo con sus conciertos, como solista o en música de cámara, auténticas lecciones de sabiduría interpretativa añadida, tan atenta a la ortodoxia estilística, como, todavía más, rebosante de muy personal elegancia. Cassadó, que había incorporado muy hondamente a su ser tanto las primeras enseñanzas musicales de su padre, compositor, como las específicas de chelo, primero las del maestro Dionisio March en el colegio barcelonés de la Merced y luego las magistrales parisienses del gran Casals, se preocupó asimismo, y como meta no menos querida, de reordenar con meticulosidad sus propias ideas pedagógicas para conformar con su alumnado una auténtica escuela que fuera continuadora del arte del gran Pau, a la par que buceadora en las más inimaginables posibilidades técnicas del violonchelo. Siena, Compostela, Colonia y, naturalmente, Florencia, su casa habitual –verdadero almacén de antigüedades, pero vivida de recibidor a buhardilla–, podrían prestar fehacientes testimonios de su labor de enseñante. Y si queremos concretar más los resultados palpables, ahí están ese racimo de chelistas franceses de primera fila encabezados por Jean Fournier o por André Navarra.

Gaspar Cassadó fue, además, un nada mediocre compositor. Aparte de la *Rapsodia catalana* para orquesta, de 1928, y de un *Concierto para violonchelo* de 1946, pueden recordarse como títulos más relevantes den-

tro de su nada corta producción camarística, el *Cuarteto de cuerda número 1*, en fa mayor, la *Sonata en estilo antiguo español*, para violonchelo y piano, y la *Serenata*, la *Sonata* y los célebres *Requiebros* para la misma formación dústica. Dedicó especial atención a las transcripciones en las que llegó a demostrar singular maestría, y fue empecinado promotor también, por vía del encargo, de páginas sobresalientes de otros autores primerísimos. Ahí están para comprobarlo el *Concierto galante* de Joaquín Rodrigo, o la *Rapsodia* y la *Partita* de Ernesto y Cristóbal Halffter, respectivamente.

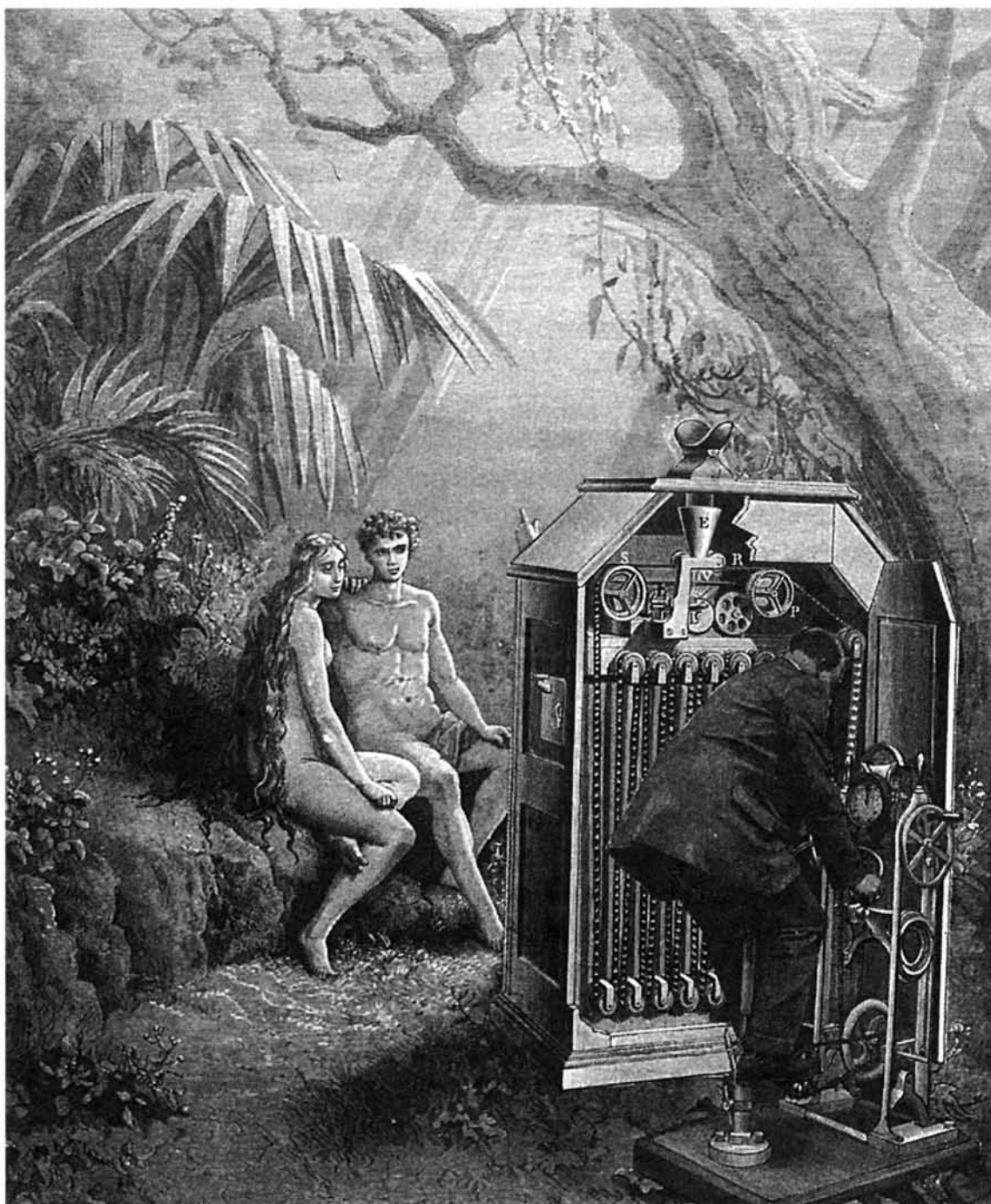
Escribo esta breve rememoración en el animado agosto de la capital cántabra, mientras transcurre la cuadragésima edición de su Festival Internacional de Música y Danza. Y, asiduo asistente a sus manifestaciones desde el arranque mismo, también agosteoño, de 1952, no ha dejado de dolerme que, tan artística y afectivamente unido como estuvo el chelista catalán a ésa mi tierra y al propio festival —como, españolista íntegro sin perjuicio de su gran amor por la Barcelona natal, lo estuvo también a muchos otros puntos de nuestra geografía, que tanto le gustaba venir a recorrer desde su residencia florentina— que tan unido como estuvo Cassadó, decía, a Santander y a su Festival, no haya merecido cita ni alusión alguna en esta edición del año de su centenario. En paralelo orden de cosas, permítaseme, antes de terminar, un par de recuerdos personales, relativos a sendos conciertos que, entre los varios que tuve la suerte de escucharle en vivo al maestro, permanecen firmemente instalados en mi memoria, y cuyos programas de mano tengo a la vista. Reza la página de portada del primero de los modestísimos programas de mano a que he aludido: «Sociedad Filarmónica de Santander. Año 10.17 de mayo de 1952. Concierto 165. Gaspar Cassadó, violoncelista. Karl Willy Hammer, pianista. Cine Cervantes. A las 7,30 de la tarde». Casi nada, para los que vimos, si no nacer —eso es cosa de los hogares y de las sensibilidades—, sí afirmar y quintaesenciar nuestra afición musical en locales donde toda nostalgia se alberga, como el *Cinema del Soldado*, luego *Alameda*, el citado *Cervantes* o, para las ocasiones de lujo —¡léase nada menos que la doble presencia de la Filarmónica de Berlín con Hans Knappertsbuch!—, el también cine *Coliseum María Lisarda*. Vivaldi, Johann Christian Bach, César Franck, Mendelssohn y Tchaikowsky fueron los autores que Cassadó nos ofreció en ese primer recital que ahora rememoro. Los tríos en re menor, opus 149, de Mendelssohn; en la menor de Ravel y en Si bemol mayor, *Archiduke*, de Beethoven, serían las páginas con las que el chelista catalán, juntamente con Yehudi Menuhin y Louis Kentner —el formidable trío que heredaría el rastro de Casals, Thibaud y Cortot—, nos regalaría a los fieles del Festival Internacional de Santander, en su séptima edición ya, la noche del 15 de agosto de 1958. En la musicalmente histórica Plaza Porticada, por más que el

sucinto programa de mano no recoja no ya nota alguna de las obras seleccionadas, sino ni siquiera el lugar de celebración del concierto. ¿Se me permite aún añadir, en cita que desea subrayar la natural y cercana relación de Cassadó con la vida musical santanderina, que tan famosa agrupación camarística ensayó su concierto en el propio domicilio particular del que durante tantos años fue quien más y mejor se preocupó de que no les faltara oferta musical digna a sus paisanos: Eduardo Casanueva González?

Poco más. Copio, para terminar, el juicio que de la actitud y el talante ideológicos de nuestro músico emitió otro crítico prestigioso, Antonio Fernández-Cid: «Cassadó respondió siempre a cualquier llamada y fue, ante todo y únicamente, un músico español con pasaporte abierto al mundo, que afrontó censuras, sufrió persecuciones, vivió dificultades por esa lealtad que le honraba y que no tuvo jamás tintes políticos, ni filia-ciones, sino razones patrióticas».

Murió en Madrid una tarde de Navidad, cuando, muy enfermo ya, se disponía a marchar a Barcelona, «deseando sin duda –como concluye Sopena su semblanza– morir allá y en ese día».

Leopoldo Hontañón



Juan Benet: *TV en el Edén* (1985)